

LA RESURRECCIÓN ESPIRITUAL

P. Steven Scherrer
Pascua, 16 de abril, 2006

La resurrección espiritual es la nueva condición del creyente al morir y resucitar con Jesucristo en su muerte y resurrección de entre los muertos. En el bautismo morimos con él a nuestra vida vieja del pecado, y resucitamos nuevos con él en su resurrección de la muerte. Aunque su resurrección es el anticipo de nuestra resurrección corporal que tendrá lugar en su parusía en la resurrección de los muertos con sus cuerpos, sin embargo, resucitamos *ahora también* al ser bautizados y creer en Jesucristo. La resurrección que experimentamos ahora es *espiritual*. La que experimentaremos en su parusía será *corporal*. Si fuimos bautizados como niños, esta experiencia de la resurrección espiritual tiene lugar cuando creemos en él. Es, además, algo progresivo. Al creer y madurar más en la fe, al ser siempre más purificados del mundo y sus placeres en nuestros sentidos y en las potencias de nuestro espíritu, y al obedecer a Dios siempre más perfectamente, podemos experimentar esta resurrección espiritual de un modo cada vez más profundo.

Y ¿qué es esta experiencia de la resurrección espiritual? Es la experiencia de ser perdonados de todos nuestros pecados y ser limpios ante Dios, resplandecientes con su propio esplendor que es comunicado a nosotros por medio de su resurrección. Él nos ilumina, y regocija nuestro corazón con su Espíritu Santo y por su propia presencia dentro de nuestro espíritu. La resurrección espiritual es la experiencia de una vida nueva, de un nuevo tipo de vida en este mundo, que apareció por primera vez la mañana de Pascua cuando los discípulos descubrieron la sepultura de Jesús de Nazaret vacía y san Juan, entrando la sepultura, “vio y creyó” (Jn 20, 8). Esta experiencia fue confirmada con las apariencias de Cristo resucitado y con su don del Espíritu Santo. En adelante todos los que aceptarían el bautismo y creerían que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios que vino a salvar al mundo, experimentarán la resurrección espiritual y comenzarán a vivir una vida nueva, una vida sin pecado, una vida limpia e iluminada, una vida llena del amor de Dios, una vida que resplandece con el amor de Cristo.

Jesús dijo: “*permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). La resurrección espiritual es la vida que *permanece* en el *esplendor* del amor divino, que nos hace a nosotros resplandecientes. Este nuevo tipo de vida es la “novedad de vida” (Rom 6, 4), como san Pablo la llama, el fruto de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. San Pablo dice: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en la *novedad de vida*” (Rom 6, 4). Así como Cristo resucitó de la sepultura,

asimismo nosotros también resucitamos con él para vida nueva, para una vida resucitada, perdonada, limpiada, divinizada, y llena del amor de Dios, una vida pura y feliz en Dios, obediente a su voluntad y despojada de todo lo demás. Es una vida vivida sólo para él en amor, una vida que se sacrifica con Cristo, renunciando al mundo y a sus placeres, para alegrarse sólo en Dios por medio de Jesucristo. Siendo así sacrificada al mundo, es una vida *crucificada*; y por eso eminentemente feliz. De hecho la vida *resucitada es* la vida *crucificada* a este mundo por amor a Dios. Es una vida crucificada al mundo, y el mundo, a ella (Gal 6, 14). Esta es la *novedad de vida* de la cual san Pablo habla a los romanos (Rom 6, 4). Muertos a la vida mundana, a nuestra vida anterior, y resucitada a una vida nueva en Cristo, andamos en la *novedad de vida*.

Es san Pablo que nos asegura que de verdad *ya hemos sido* resucitados con Cristo espiritualmente. Dice: “sepultados con él en el bautismo, en el cual *fuisteis* también *resucitados* con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos” (Col 2, 12). Puesto que *ya somos resucitados*, aunque estamos todavía en el cuerpo en este mundo, debemos buscar las cosas de arriba donde está Cristo ahora. Así, pues, el vivir una vida resucitada quiere decir vivir una vida no terrenal, sino celestial. Esto es lo que san Pablo nos enseña: “Sí, pues, *habéis resucitado* con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios... Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (Col 3, 1-3.5). Esta vida nueva es una vida celestial en la tierra, un testimonio para todos del mundo nuevo que viene, del cual somos los testigos, viviendo ya de antemano en él.